

**CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LOS SACERDOTES
CON OCASIÓN DEL JUEVES SANTO 1986**

Queridos hermanos sacerdotes:

Henos aquí de nuevo en la proximidad del Jueves Santo, día en que Jesús instituyó la Eucaristía y al mismo tiempo nuestro sacerdocio ministerial. Cristo, «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (1). Como Buen Pastor, dio su vida por sus ovejas (2), para salvar a los hombres, reconciliarlos con su Padre e introducirlos en una nueva vida. A los Apóstoles ofreció como alimento su Cuerpo, entregado por ellos, y su Sangre, derramada por ellos.

Cada año, éste es un día grande para todos los cristianos. Como los primeros discípulos, vienen a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la liturgia vespertina que renueva la Cena. Reciben del Salvador el testamento del amor fraterno que deberá inspirar toda su vida, y empiezan a velar con Él, para unirse a su Pasión. Vosotros los reuniréis y guiaréis en su plegaria.

Pero este día es especialmente grande para nosotros, queridos hermanos sacerdotes. Es la fiesta de los sacerdotes. Es el día en que nació nuestro Sacerdocio, el cual es participación del único Sacerdocio de Cristo Mediador. En este día, los sacerdotes del mundo entero son invitados a concelebrar la Eucaristía con sus obispos y a renovar a su alrededor las promesas de sus compromisos sacerdotales al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Bien sabéis cuan cercano me siento a cada uno de vosotros en esta ocasión. Y como cada año, en señal de nuestra unión sacramental en el mismo Sacerdocio, movido por la afectuosa estima que os tengo y por mi deber de confirmar a todos mis hermanos en su servicio al Señor, os envío esta carta para ayudarlos a reavivar el don inefable que os ha sido conferido por la imposición de las manos (3). Este sacerdocio ministerial, que es nuestra heredad, es también nuestra vocación y nuestra gracia. Marca toda nuestra vida con el sello de un servicio, sumamente necesario y exigente, como es la salvación de las almas. A ello nos sentimos arrastrados por el ejemplo de tantos sacerdotes que nos han precedido.

El ejemplo sin igual del Cura de Ars

2. Uno de estos sacerdotes está muy presente en la memoria de la Iglesia, y será especialmente conmemorado este año en el segundo centenario de su nacimiento: San Juan María Vianney, Cura de Ars.

Deseamos dar gracias a Cristo, Príncipe de los Pastores, por ese modelo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal, que el santo Cura de Ars ofrece a toda la Iglesia y, ante todo, a nosotros los sacerdotes.

¡Cuántos de nosotros se han preparado al sacerdocio, o ejercen hoy su difícil labor de cura de almas, teniendo a la vista la figura de San Juan María Vianney! Su ejemplo no debería caer en el olvido. Hoy más que nunca tenemos necesidad de su testimonio y de su intercesión, para afrontar las situaciones de nuestro tiempo en que, a pesar de algunos signos esperanzadores, la evangelización está dificultada por una creciente secularización descuidando la ascesis sobrenatural, perdiendo de vista las perspectivas del Reino de Dios, y donde a menudo, incluso en la pastoral, se dedica una atención demasiado exclusiva al aspecto social y a los objetivos temporales. El Cura de Ars debió afrontar en el siglo pasado dificultades que posiblemente tenían otro cariz, pero que no eran menos grandes. Por su vida y por su actividad, el representó, para la sociedad de su tiempo, como un gran reto evangélico que ha dado frutos de conversión sorprendentes. No dudamos de que Él nos ofrece todavía hoy ese gran reto evangélico.

Os invito pues a meditar entre tanto sobre nuestro sacerdocio ante este pastor sin igual, que ha ilustrado a la vez el cumplimiento pleno del ministerio sacerdotal y la santidad del ministro.

Ya sabéis que Juan María Vianney murió en Ars el 4 de agosto de 1859, después de unos cuarenta años de entrega abnegada. Tenía setenta y tres años. A su llegada, Ars era un pueblecito olvidado de la arquidiócesis de Lyon, actualmente de Belley. Al final de su vida, acudía allí gente de toda Francia, y su fama de santidad, después de su muerte, pronto llamó la atención de la Iglesia universal. San Pío XI lo beatificó en 1905, Pío XI lo canonizó en 1925; luego, en 1929 lo declaró patrono de los sacerdotes de todo el mundo. Durante el centenario de su muerte, Juan XXIII escribió la Encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, presentando en ella al Cura de Ars como modelo de vida y ascesis sacerdotal, modelo de piedad y de culto a la Eucaristía, modelo de celo pastoral para nuestro tiempo. Hoy desearía llamar vuestra atención sobre algunos aspectos esenciales a fin de que nos ayuden a redescubrir y a vivir mejor nuestro sacerdocio.

Su voluntad tenaz de prepararse al sacerdocio

3. El Cura de Ars es, en primer lugar, un modelo de voluntad para los que se preparan al sacerdocio. Muchas pruebas que encontraría posteriormente habrían podido descorazonarlo: los efectos de la revolución, la falta de instrucción en el ambiente rural, la reticencia de su padre, la necesidad de hacer su parte en los trabajos agrícolas, los azares de la vida militar, y, sobre todo, a pesar de su inteligencia intuitiva y su viva sensibilidad, su gran dificultad en aprender y memorizar, y por tanto a seguir los cursos de teología en latín; finalmente, por esta razón, fue apartado temporalmente del seminario de Lyon.

Sin embargo, habiendo comprobado la autenticidad de su vocación, a los 29 años pudo ser ordenado sacerdote. Por su tenacidad en el trabajo y en la oración, triunfó sobre todos los obstáculos y limitaciones, como más tarde en su vida sacerdotal lo lograría en el preparar laboriosamente sus sermones y continuar por la noche la lectura de obras teológicas y de autores Espirituales. Ya desde su juventud le movía un gran deseo de "ganar almas para Dios" haciéndose sacerdote, y estaba apoyado por el vecino párroco de Ecully el cual, no dudando de su vocación, tomó a su cargo una parte de su preparación. ¡Qué ejemplo de valentía para aquellos que, actualmente, reciben la gracia de ser llamados al sacerdocio!

Profundidad de su amor a Cristo y a las almas

4. El Cura de Ars es un modelo de celo sacerdotal para todos los pastores, El secreto de su generosidad se encuentra sin duda alguna en su amor a Dios, vivido sin límites, en respuesta constante al amor manifestado en Cristo crucificado. En ello funda su deseo de hacer todas las cosas para salvar las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. Recordemos una de aquellas frases lapidarias cuyo secreto bien conocía: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús» (4). En sus sermones y catequesis se refería siempre a este amor: «Oh Dios mío, prefiero morir amándoos que vivir un solo instante sin amaros . . . Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí . . . porque me tenéis crucificado para vos» (5).

Por Cristo, trata de conformarse fielmente a las exigencias radicales que Jesús propone en el Evangelio a los discípulos que envía en misión: oración, pobreza, humildad, renuncia a sí mismo y penitencia voluntaria. Y, como Cristo, siente por sus fieles un amor que le lleva a una entrega pastoral sin límites y al sacrificio de sí mismo. Raramente, un pastor ha sido hasta este punto consciente de sus responsabilidades, devorado por el deseo de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza. «Oh Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir todo lo que queráis, toda mi vida».

Amados hermanos sacerdotes, alimentados por el Concilio Vaticano II, que felizmente ha situado la consagración del sacerdote en el marco de su misión pastoral, busquemos el dinamismo de nuestro celo pastoral, con San Juan María Vianney, en el Corazón de Jesús, en su amor por las almas. Si no acudimos a la misma fuente, nuestro ministerio correrá el riesgo de dar muy pocos frutos

Frutos sorprendentes y abundantes de su ministerio

5. Precisamente en el caso del Cura de Ars los frutos han sido sorprendentes, un poco como con Jesús en el Evangelio. A Juan María Vianney, que consagra a Jesús toda su fuerza y todo su corazón, el Salvador, en cierto modo, le entrega las almas. Y se las confía en abundancia. Su parroquia que solamente tenía 230 personas a su llegada será cambiada profundamente. Ahora bien, se recuerda que en aquel pueblo había mucha indiferencia y muy poca práctica religiosa entre los hombres. El obispo había advertido a Juan María Vianney: «No hay mucho amor a Dios en esta parroquia, tú lo pondrás». Pero muy pronto, incluso fuera de su pueblo, el cura llega a ser el pastor de una multitud que llega de toda la región, de diversas partes de Francia y de otros países. Se habla de 80.000 personas en el año 1858. Tienen que esperar a veces muchos días para poder verlo y confesarse. Lo que atrae no es ciertamente la curiosidad ni la misma reputación justificada. Por unos milagros y curaciones extraordinarias, que el santo trataba de ocultar. Es más bien el Presentimiento de encontrar un santo, sorprendente por su penitencia, tan familiar con Dios en la oración, sobresaliente por su paz y su humildad en medio de los éxitos populares, y sobre todo tan intuitivo para corresponder a las disposiciones interiores de las almas y librarlas de su carga, particularmente en el confesionario. Si, Dios escogió como modelo de pastores a aquel que habría podido parecer pobre, débil, sin defensa y menospreciable (6) a los ojos de los hombres, Dios lo gratificó con sus mejores dones como guía y médico de almas.

Reconociendo también la gracia particular en el Cura de Ars, ¿no hay en ello un signo de esperanza para los pastores que sufren hoy un cierto desierto Espiritual?

Actividades apostólicas diversas orientadas hacia lo esencial

6. Juan María Vianney se consagró esencialmente a la enseñanza de la fe y a la purificación de las conciencias; estos dos ministerios convergían hacia la Eucaristía. ¿No habrá que ver en ello, también hoy, los tres polos del servicio pastoral del sacerdote?.

Si bien el objetivo es ciertamente agrupar al pueblo de Dios en torno al misterio eucarístico con la catequesis y la penitencia, son también necesarias, otras actividades apostólicas, según las circunstancias: a veces, durante años, hay una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en ambientes no cristianos; o bien una cercanía a las personas, a las familias. Y sus preocupaciones; tiene lugar un primer anuncio que trata de despertar a la fe a los incrédulos y a los tibios; se da un testimonio de caridad y de justicia compartida con los seculares cristianos,

que hace más creíble la fe y la pone en práctica. De ahí toda una serie de trabajos o de obras apostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana. El Cura de Ars se las ingeniaba en tomar iniciativas adecuadas a su tiempo y a sus feligreses. Sin embargo, todas sus actividades sacerdotales estaban centradas en la Eucaristía, la catequesis y el sacramento de la reconciliación.

El sacramento de la reconciliación

7. Es sin duda alguna su incansable entrega al sacramento de la penitencia lo que ha puesto de manifiesto el carisma principal del Cura de Ars y le ha dado justamente su fama. Es bueno que ese ejemplo nos impulse hoy a restituir al ministerio de la reconciliación toda la importancia que le corresponde, y que el Sínodo de los Obispos de 1983 ha puesto justamente en evidencia (7). Sin el paso de conversión, de penitencia y de petición de perdón que los ministros de la Iglesia deben alentar y acoger incansablemente, la tan deseada puesta al día sería superficial e ilusoria.

El Cura de Ars trataba de formar a los fieles en el deseo del arrepentimiento. Subrayaba la bondad del perdón de Dios. Toda su vida sacerdotal y sus fuerzas, ¿no estaban consagradas a la conversión de los pecadores?. Ahora bien, es en el confesionario donde se manifiesta sobre todo la misericordia de Dios. Estaba totalmente disponible a los penitentes que venían de todas partes y a los que dedicaba a menudo diez horas al día, y a veces quince o más. Esta era sin duda para él la mayor de sus ascesis, un verdadero "martirio"; físicamente, por el calor, el frío o la atmósfera sofocante; también sufría moralmente por los pecados de que se acusaban y más aún por la falta de arrepentimiento: «Lloro por todo lo que vosotros no lloráis». Además de los indiferentes, a quienes acogía de la mejor manera posible tratando de despertarlos al amor de Dios, el Señor le concedía reconciliar a grandes pecadores arrepentidos, y también guiar hacia la perfección a las almas que lo deseaban. Era sobre todo en esto en lo que Dios le pedía su participación en la Redención.

Nosotros en efecto, hemos descubierto, más que en el siglo pasado, el aspecto comunitario de la penitencia, de la preparación al perdón y de la acción de gracias después del perdón. Pero el perdón sacramental exigirá siempre un encuentro personal con Cristo crucificado por mediación de su ministro (8). Frecuentemente, por desgracia, los penitentes no se presentan con fervor al confesionario como en los tiempos del Cura de Ars. Ahora bien, donde haya muchas personas que por diversas razones parecen abstenerse totalmente de la confesión, se hace urgente una pastoral del sacramento de la reconciliación, que ayude a los cristianos a redescubrir las exigencias de una verdadera relación con Dios, el sentido del pecado que nos cierra a Dios y a los hermanos, la necesidad de convertirse y de recibir, en la Iglesia, el perdón como un don gratuito del Señor, y también las condiciones que ayuden a celebrar mejor el sacramento, superando así los prejuicios, los falsos temores y la rutinas (9). Una situación de este tipo requiere al mismo tiempo que estemos muy disponibles para este ministerio del perdón, dispuestos a dedicarle el tiempo y la atención necesarios, y, diría también, a darle la prioridad sobre otras actividades. De esta manera, los mismos fieles serán la recompensa al esfuerzo que, como el Cura de Ars, les dedicamos.

Ciertamente, como escribía en la exhortación postsinodal sobre la penitencia (10), el ministerio de la reconciliación es sin duda el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente, sobre todo cuando los sacerdotes son pocos. Supone también, en el confesor, grandes cualidades humanas, principalmente una vida Espiritual intensa y sincera; es necesario que el mismo sacerdote se acerque también regularmente a este sacramento.

Estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, de que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores. Os permitirá iluminar las conciencias, perdonarlas y vivificarlas en nombre del Señor Jesús, siendo para ellas médico y consejero Espiritual; es la «insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial» (11).

La Eucaristía: Ofrecimiento de la Misa, comunión y adoración

8. El sacramento de la reconciliación y el de la Eucaristía están estrechamente unidos. Sin una conversión constantemente renovada, junto con la acogida de la gracia sacramental del perdón, la participación en la Eucaristía no logrará su plena eficacia redentora (12). Al igual que Cristo, que comenzó su ministerio con la exhortación «arrepentíos y creed en el Evangelio» (13), el Cura de Ars comenzaba generalmente su actividad diaria con el sacramento del perdón. Mas, él gozaba conduciendo a la Eucaristía a sus penitentes ya reconciliados. La Eucaristía ocupaba ciertamente el centro de su vida Espiritual y de su labor pastoral. Acostumbraba a decir: «Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios» (14). En ella se hace presente el sacrificio del Calvario para la redención del mundo. Evidentemente, el sacerdote debe unir al ofrecimiento de la Misa la donación cotidiana de si mismo. «Por tanto, es bueno que el sacerdote se ofrezca a Dios en sacrificio todas las mañanas» (15). «La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones» (16).

De este modo, la Misa era para Juan María Vianney la grande alegría y aliento en su vida de sacerdote. A pesar de la afluencia de penitentes, se preparaba con toda diligencia y en

silencio durante más de un cuarto de hora. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: «La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa» (17).

El Cura de Ars se dejaba embargar particularmente ante la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Ante el tabernáculo pasaba frecuentemente largas horas de adoración, antes de amanecer o durante la noche; durante sus homilías solía señalar al Sagrario diciendo con emoción: «El está ahí». Por ello, él, que tan pobremente vivía en su casa rectoral, no dudaba en gastar cuanto fuera necesario para embellecer la iglesia. Pronto pudo verse el buen resultado: los feligreses tomaron por costumbre el venir a rezar ante el Santísimo Sacramento descubriendo, a través de la actitud de su párroco, el grande misterio de la fe.

Ante tal testimonio, viene a nuestra mente lo que el Concilio Vaticano II nos dice hoy acerca de los sacerdotes: «Su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea Eucarística» (18). Y, más recientemente, el Sínodo extraordinario (diciembre de 1985) recordaba: «La liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida de reverencia y de glorificación de Dios . . . La Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida cristiana» (19).

Queridos hermanos sacerdotes, el ejemplo del Cura de Ars nos invita a un serio examen de conciencia. ¿Qué lugar ocupa la santa Misa en nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa, como en el día de nuestra Ordenación ¡fue nuestro primer acto como sacerdotes! el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal?. ¿Cómo es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles?. ¿Cuál es nuestro empeño en hacer de nuestras iglesias la Casa de Dios para que la presencia divina atraiga a los hombres de hoy, que con tanta frecuencia sienten que el mundo está vacío de Dios?

Predicación y catequesis

9. El Cura de Ars ponía toda su atención en no descuidar nunca el ministerio de la Palabra, absolutamente necesario para acoger la fe y la conversión; y solía decir: «Nuestro Señor, que es la verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo» (20). Es bien sabido cuánto tiempo consagraba él, sobre todo al principio, a elaborar cuidadosamente sus predicaciones del domingo. Más tarde, podía ya expresarse con mayor espontaneidad, con convicción viva y clara, y con comparaciones sacadas de la experiencia cotidiana, tan sugestivas para los fieles. El catecismo a los niños constituía igualmente una parte importante de su ministerio, y no era raro ver a adultos que con gusto se unían a los niños para aprovecharse también de aquel testimonio sin par, que brotaba del corazón.

Tenia la valentía de denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de sus fieles: «Si un pastor permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarrian, ¡ay de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado». Esta responsabilidad constituía para él su angustia como párroco. Pero, generalmente, «él prefería presentar la cara atractiva de la virtud más que la fealdad del vicio», y si ponía ante los ojos a veces incluso llorando, el

pecado y sus peligros para la salvación, no dejaba de insistir en la ternura de Dios ofendido, y en la dicha de sentirse amado por Dios, unido a El y vivir en su presencia.

Queridos hermanos sacerdotes, vosotros estáis convencidos de la importancia del anuncio del Evangelio, que el Concilio Vaticano II ha puesto entre las funciones primordiales de los sacerdotes (21). Mediante la catequesis, la predicación y las diversas formas de expresión que abarcan también los medios de comunicación social, tratáis de llegar al corazón de los hombres de hoy, con sus esperanzas e incertidumbres, para avivar y alimentar su fe. A ejemplo del Cura de Ars y siguiendo la exhortación del Concilio (22), poned todo vuestro empeño en enseñar la Palabra de Dios que llama a todos los hombres a la conversión y a la santidad.

LA IDENTIDAD DEL SACERDOTE

Ministerio específico del sacerdote

10. San Juan María Vianney viene a darnos una elocuente respuesta a algunos interrogantes sobre la identidad del sacerdote, que han aparecido durante los últimos veinte años; si bien, a lo que parece, se está llegando a posiciones más equilibradas.

El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote el inmenso campo del servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia. Un servicio que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor que entrega su vida por ellas. Dios quiere que todos los hombres se salven y que ninguno de sus hijos se pierda (23). «El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas» (24), acostumbraba a decir el Cura de Ars. «El no es para sí mismo, sino para vosotros» (25).

El Sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados, puesto muy de relieve por el Concilio Vaticano II el cual consiste en hacer de su vida una ofrenda Espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos. Mas, el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. El ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios la Palabra, el perdón y el Pan de Vida, para reunirles en su cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios. En una palabra, nuestra identidad de sacerdotes se manifiesta irradiando, en modo creativo, el amor a las almas que Cristo Jesús nos ha comunicado. Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la Iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos,

como Juan María Vianney, pero como sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del Reino de Dios. Es testigo y dispensador de una vida distinta de la terrestre (26). Es algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical. La vida y la personalidad del Cura de Ars son, a este respecto, un ejemplo luminoso y atrayente.

Su configuración íntima con Cristo y su solidaridad con los pecadores

11. San Juan María Vianney no se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y su vida al modelo de Cristo. La oración fue el alma de su vida. Una oración silenciosa, contemplativa; las más de las veces en su iglesia, al pie del tabernáculo. Por Cristo, su alma se abría a las tres Personas Divinas, a las que en el testamento él entregaría «su pobre alma». «El conservó una unión constante con Dios en medio de una vida sumamente ocupada». Y nunca descuidó ni el oficio divino ni el rosario. De modo espontáneo se dirigía constantemente a la Virgen.

Su pobreza era extraordinaria. Se despojó literalmente en favor de los pobres. Rehuía los honores. La castidad brillaba en su rostro. Sabía lo que costaba la pureza para «encontrar la fuente del amor que está en Dios». La obediencia a Cristo se traducía, para Juan María Vianney, en obediencia a la Iglesia y especialmente a su Obispo. La encarnaba en la aceptación de la pesada carga de párroco, que con frecuencia le sobrecogía.

Pero el Evangelio insiste especialmente en la renuncia a sí mismo, en la aceptación de la cruz . . . Cuántas cruces se le presentaron al Cura de Ars en su ministerio: calumnias de la gente, incomprendimientos de un vicario coadjutor o de otros sacerdotes, contradicciones, una lucha misteriosa contra los poderes del infierno y, a veces, incluso la tentación de la desesperanza en la noche Espiritual del alma. No obstante, no se contentó con aceptar estas pruebas sin quejarse; salía al encuentro de la notificación imponiéndose ayunos continuos, así como otras rigurosas maneras de «reducir su cuerpo a servidumbre», como dice San Pablo. Mas, lo que hay que ver en estas formas de penitencia a las que, por desgracia, nuestro tiempo no está acostumbrado son sus motivaciones: el amor a Dios y la conversión de los pecadores. Así interpela a un hermano sacerdote desanimado: «Ha rezado . . . ha gemido . . . pero ¿ha ayunado, ha pasado noches en vela . . .?» (27). Es la evocación de aquella admonición de Jesús a los Apóstoles: «Esta raza no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno» (28).

En definitiva, Juan María Vianney se santificaba para ser más apto para santificar a los demás. Ciertamente, la conversión sigue siendo el secreto de los corazones libres en sus decisiones y el secreto de la gracia de Dios. Mediante su ministerio el sacerdote ilumina a las personas, guiándolas en sus conciencias y dándoles los sacramentos. Estos sacramentos son, en efecto, actos del mismo Cristo, cuya eficacia no disminuye por las imperfecciones o por la indignidad del ministro. Pero el resultado depende también de las disposiciones personales de quien los recibe, y éstas son favorecidas en gran manera por la santidad personal del sacerdote, por su visible testimonio, así como por el misterioso intercambio de méritos en la comunión de los santos. San Pablo decía: «Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (29). Podría decirse que Juan María Vianney quería, en cierto modo, arrancar a Dios las gracias de la conversión no solamente

con sus oraciones, sino también con el sacrificio de toda su vida. Quería amar a Dios por todos aquéllos que no le amaban y a la vez, suplir en buena parte las penitencias que ellos no hacían. Era realmente el pastor siempre solidario con su pueblo pecador.

Amados hermanos sacerdotes, no tengamos miedo a este compromiso personal marcado por la ascesis e inspirado por el amor que Dios nos pide para ejercer dignamente nuestro sacerdocio. Recordemos la reciente reflexión de los Padres sinodales: «Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, la manera más profunda, el valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo» (30). En el sacerdote, Cristo vuelve a vivir su Pasión por las almas. Demos gracias a Dios que de este modo nos permite participar en la Redención con nuestro corazón y con nuestra propia carne.

Por todas estas razones, San Juan María Vianney no cesa de ser un testimonio vivo y actual de la verdad sobre la vocación y sobre el servicio sacerdotal. Conviene recordar la convicción con la que solía hablar de la grandeza del sacerdocio y de la absoluta necesidad. Los sacerdotes, al igual que quienes se preparan al sacerdocio y aquéllos que recibirán la llamada, necesitan; fijar la mirada en su ejemplo para seguirlo. También los fieles, gracias a él, comprenderán mejor el misterio del sacerdocio de sus sacerdotes. La figura del Cura de Ars sigue siendo actual.

Conclusión para el Jueves Santo

12. Queridos hermanos, que estas reflexiones reaviven vuestro gozo de ser sacerdotes, vuestro deseo de serlo todavía más profundamente. El testimonio del Cura de Ars contiene aún muchas otras riquezas por profundizar. Volveremos nuevamente, y con mayor amplitud, sobre estos temas con ocasión de la peregrinación que, Dios mediante, tendré la dicha de llevar a cabo en octubre próximo, acogiendo la invitación que los Obispos franceses me han hecho para celebrar en Ars el segundo centenario del nacimiento de Juan María Vianney.

Os dirijo esta primera meditación, amados hermanos, en la solemnidad del Jueves Santo. En este día del nacimiento de nuestro sacerdocio nos reuniremos en nuestras comunidades diocesanas para renovar la gracia del sacramento del Orden y para reavivar el amor que caracteriza nuestra vocación.

Oiremos a Cristo que, como a los Apóstoles, nos dice: «Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos . . . Ya no os llamo siervos . . . os llamo amigos» (31).

Ante El, que manifiesta el Amor en toda su plenitud, sacerdotes y obispos, renovaremos nuestras promesas sacerdotales.

Oremos los unos por los otros, cada cual por su hermano, y todos por todos. Roguemos al Sacerdote Eterno que el recuerdo del Cura de Ars nos ayude a reavivar nuestro celo en su servicio. Supliquemos al Espíritu Santo que llame a su Iglesia a muchos sacerdotes del temple y santidad del Cura de Ars; nuestra época tiene gran necesidad de ellos y ha de ser capaz de hacer germinar estas vocaciones.

Confiemos nuestro sacerdocio a la Virgen María, Madre de los sacerdotes, a quien Juan María Vianney recurría sin cesar con tierno afecto y total confianza. Para él esto era un ulterior motivo de acción de gracias: «Jesucristo - decía - tras habernos dado cuanto nos podía dar, quiere aún dejarnos en herencia lo más precioso que él tenía: su Santa Madre» (32).

Con todo mi afecto, y junto con vuestro obispo, os imparto de corazón, mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 16 de marzo, quinto domingo de Cuaresma del año 1986, octavo de mi Pontificado.

JUAN PABLO II

NOTAS

1. *Jn* 13,1.
- 2 Cfr. *ibid.* 10,11.
3. Cfr. *2 Tim* 1,6.
- 4 Cfr. *Jean Marie Vianney, Curé D'Ars sa pensée, son coeur*, presentado por Bernard Nodet. Ed. Xavier Mappus, Le Puy, 1985. p. 100; de ahora en adelante citamos: Nodet.
- 5 Nodet. p. 14
6. Cfr. *1Cor* 1, 27-29.
7. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Reconciliatio et paenitentia* (2 de diciembre de 1984): AAS 77 (1985). pp. 185275.
8. Cfr. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979). n. 20: AAS 71 (1979). pp. 313316.
9. Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Reconciliatio et paenitentia* (2 de diciembre de 1985). n. 28: AAS 77 (198). pp. 250252.
10. Cfr. *Ibid.*, n. 29: AAS 77 (1985), pp. 252256.
11. Juan Pablo II, *Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo 1983*. n. 3; AAS 75 (1983), parte 1, p. 419.
12. Cfr. Juan Pablo II, Carta *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979). n. 20: AAS 71 (1979). pp. 309313.
13. *Mc* 1. 15.
14. Nodet. p. 108.
15. *Ibid.*, p.107.
16. *Ibid.*, p.110.
17. *Ibid.*, p.108.
18. *Lumen gentium*, 28.
19. Synodi Extraordinariae Episcoporum, *Relatio finalis*, II, B, b/1 y C/1; cf. *Lumen gentium*, 11.
20. Nodet, p. 126.

21. Cfr. *Presbyterorum ordinis*, 4.
22. Cfr. *Ibid.*
23. Cfr. *Mt* 18,14.
24. *Nodet*, p. 101.
25. *Ibid.*, p.102
26. Cfr. *Presbyterorum ordinis*, 3.
27. *Nodet*, p. 193.
28. *Mt* 17,21.
29. *Col* 1,24.
30. Synodi Extraordinariae Episcoporum, *Relatio finalis*, D/2.
31. *Jn* 15, 13-15.
32. *Nodet*, p. 252.

© Copyright 1986 - Libreria Editrice Vaticana